Sintiéndose ya desfallecer y no teniendo fuerzas para dar nuevos impulsos a su Escuela de sacerdotes, vió con santo gozo cómo la Compañía de Jesús realizaba sus más queridos ideales, pronunció palabras de humildad, que recuerdan las del Bautista ante Cristo, y entregó al Instituto de San Ignacio sus mejores discípulos y sus principales Colegios, como después le dejará en testamento su propio cuerpo y todos sus manuscritos.

No nos detendremos a reseñar otros capítulos como el de los *Memoriales para Trento*, el de los *Ultimos años y muerte del P. Avila* y el no menos interesante y nuevo, titulado «*Más allá de sus días*» con la suerte de sus discípulos, envueltos por la Inquisición en una serie de procesos juntamente con los alumbrados de Llerena, Córdoba y Jaén.

Ha sido D. Luis Sala el primero en señalar los tenues, pero históricos y reales hilos que enlazan a Avila con Bartolomé Carranza a través del P. Granada, y por medio de Carranza y otros con el mismo Juan de Valdés, aunque, a decir verdad, tal vez en la positiva influencia de estos contactos vemos algún peligro de exageración. Dígase otro tanto del supuesto erasmismo de Avila. Es verdad que en carta de 1538, a uno de sus discípulos de Córdoba (¿Alonso de Molina?) le recomienda, para estudiar el Nuevo Testamento, después de San Jerónimo y San Crisóstomo, «las *Paraphasis* de Erasmo con condición que se lean en algunas partes con cautela»; pero esto no da derecho a afirmar que Avila mira a Cristo a través de Erasmo. ¡No! El Beato mira a Cristo a través de San Pablo, de San Agustín, de San Bernardo y de Tomás de Kempis; mira a Cristo con mirada de teólogo y de contemplativo. Y sabido es que Erasmo, el antimístico, el superficial teólogo, el humanista de la *philosophia Christi*, para quien Cristo es poco más de una Ética y un Código moral, o un conjunto de virtudes abstractas, estaba radicalmente incapacitado para comprender las honduras dogmático-místicas de San Pablo. Con todo, es innegable que algunos libros erasmianos podían ser útiles para mirar al texto sagrado, es decir, para interpretarlo con erudición filológica y crítica. El paulinismo diletantista y cerebral de Erasmo no era tan profundo como el de John Colet, por ejemplo, de quien probablemente lo aprendió el Roterodamo, ni siquiera como el de su amigo y enemigo Lefèvre d'Étaples, y distaba infinito del